



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria. El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para «Teatro Mundial».



FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45 — BARCELONA

GERMINAL

Melodrama en siete actos y once cuadros

Inspirado en la famosa novela del mismo nombre

de

EMILIO ZOLA

escrito por

JOSÉ PABLO RIVAS

Estrenado en el Salón Nacional, de Madrid,
la noche del 18 de Agosto de 1910



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 10. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbará, 15

1915

100267

32663

REPARTO

Personajes

Intérpretes

MATILDE	Mercedes Guerra.
DOÑA ROSALÍA	Eloísa Bagá.
CECILIA	Rita Herrero.
LA NICANORA	Concepción Ester.
CATALINA	Angeles Hermán.
ADELA (jorobadita, 11 años)	Niña Vázquez.
LA LORENZA	Rita Herrero.
LA ROSA	Luisa Alcalá.
FILOMENA	Rita Vega.
MUJER 1. ^a	María Luisa Vega.
IDEM 2. ^a	Rita Herrero.
IDEM 3. ^a	Mercedes Guerra.
SEÑOR HENNEBEAU	Enrique Torrent.
DON TOMÁS	Ventura Vázquez.
PABLO NEGREL	R. Tejedor.
DANSAERT	José Balsalobre.
SEÑOR RICHOMME	Germán de Castro.
BELISARIO	José Balsalobre.
DOCTOR MOREL	Germán de Castro.
CHAVAL	Ramón Puga.
ESTEBAN	Emilio Portes.
BUENA MUERTE	Miguel Pigrau.
DEMETRIO	Enrique Torrent.
JUANILLO	Arturo Paniagua.
UN OFICIAL	R. Tejedor.
MINERO 1. ^o	Ventura Vázquez.
IDEM 2. ^o	Francisco López Silva.

Mujeres, niños, soldados, gendarmes, etc., etc.

*La acción en Montsou,
pueblecito minero del Norte de Francia.*

Derecha e izquierda, las del actor.

NOTA IMPORTANTE.—Como se ve por el reparto de esta obra, varios de los actores han tenido que doblar y aun triplicar sus papeles, sistema que permite el representarla aun por las compañías menos numerosas.



ACTO PRIMERO

CUADRO I

A LAS PUERTAS DEL INFIERNO

Sala de ingreso a la mina "La Victoria", situada a los alrededores de Montsou. A la derecha, en primer término, la boca de la mina. Más, allá hacia el fondo, en un compartimiento algo más alto, la máquina lanza sus reflejos metálicos. A la izquierda dos puertas; por la primera se entra en la sala; por la segunda a la lampistería. Algunas linternas plantadas allá y acullá, alumbran vivamente las rampas de hierro, los cables y las maderas del aparato por donde suben y bajan las jaulas ascensoras.

ESCENA PRIMERA

BUENA MUERTE. ESTEBAN por la primera puerta de la izquierda.
Lleva un paquetito debajo del brazo.

ESTEBAN ; Buenos días, amigo!
BUENA Buenos días le dé Dios. (Pausa breve. Buena Muerte al recién llegado, con aire receloso.) ¿Qué se le ofrece?
ESTEBAN Me llamo Esteban Lantier. Soy maquinista. ¿No hay trabajo para mí?
BUENA No.
ESTEBAN La respuesta de todos.
BUENA Ayer estuvieron aquí otros dos. Se les dijo lo mismo.
ESTEBAN Esto es una mina, ¿no es cierto?
BUENA (Tarda en poder contestarle porque se ve acometido)

PQ 2504
A67
1915

8888

ESTEBAN de un violento acceso de tos.) Sí. «La Victoria».
(Señalando al pozo de la derecha.) ¿Y esa es la boca?

BUENA Sí.

ESTEBAN Parece la de una bestia colocada ahí para engullirse a la gente.

BUENA La nuestra. ¿No ha visto usted allá arriba el barrio de los obreros?

ESTEBAN Sí. A la escasa luz del alba. ¿De modo que no hay trabajo para mí?

BUENA Ya se lo he dicho.

ESTEBAN Llevo ya una semana entera de correrías inútiles. Y a todo esto ni un pedazo de pan, ni un sitio donde resguardarse del frío. ¿No hay fábricas en Montsou?

BUENA Sí, pero se van cerrando unas tras otras.

ESTEBAN La miseria se cierne sobre nuestras cabezas. Parece que este viento de marzo arrastra consigo un inmenso grito de hambre al través de toda esta campiña desolada y vacía.

BUENA ¿Es usted belga?

ESTEBAN No. Soy del Sur.

BUENA Yo soy de aquí, de Montsou, y me llaman Buena Muerte.

ESTEBAN Será un apodo.

BUENA Sí. (Señalando a la boca de la mina.) Me han sacado de allí dentro la friolera de tres veces casi medio muerto. Una vez convertido en un tizón, la otra con tierra hasta en el buche, y la tercera con el vientre más hinchado que una rana. Entónces, al ver que tenía yo siete vidas como los gatos, me pusieron en broma Buena Muerte. (Se ve acometido de otro violento acceso de tos.)

ESTEBAN Tiene gracia.

BUENA Por lo demás, estoy más fuerte que un roble. ¡Ah! Si no fuese por estas picanas piernas. Hay días que no puedo mover una pata sin poner el grito en el cielo. (Otro golpe de tos.)

ESTEBAN ¿Y por qué tose usted así?

BUENA ¿Le parece a usted poca la humedad de la mina?

ESTEBAN ¿Escupe usted sangre?

BUENA (Enjugándose la boca con el reverso de la mano.) Carbón. Tengo en el cuerpo más del que me haría falta para calentarme hasta el día de mi muerte. Y eso que hace ya cinco años que no bajo hasta el fondo. Trabajo en el acarreo. Tenía todo esto (volviendo a escupir.) por lo visto almacenado sin sospecharlo siquiera.

ESTEBAN ¿Es rica la compañía?

BUENA Millones... millones y millones. La mar de dinero.

ESTEBAN ¿La mina es del señor Hennebeau?

BUENA ¡Bah! El señor Hennebeau no es más que el director general. Le pagan como a nosotros.

ESTEBAN ¿Pues de quién es todo esto?

BUENA ¡Qué sé yo! De los accionistas.

ESTEBAN ¡Valientes tíos estarán todos ellos!

BUENA Dispenseme, camarada. Me he detenido demasiado tiempo con usted. Mi obligación me espera. (Va a salir. En este momento el señor Richomme entra por la primera puerta de la izquierda para dirigirse a la lampistería.) Ahí tiene usted al señor Richomme, uno de los capataces de la compañía. Puede usted dirigirse a él. (Buena Muerte desaparece por la derecha segundo término, por detrás de la boca de la mina.)

ESTEBAN (Deteniendo al señor Richomme, a la mitad de su camino, gorra en mano.) ¿Podría usted proporcionarme trabajo?

RICHOM. (Continuando su camino y metiéndose en la lampistería.) Espere usted a que venga el señor Dansaert, el capataz mayor.

ESTEBAN (Con desaliento.) ¿A qué esperarme más si todo ha de ser inútil? El capataz mayor me dirá lo mismo que los otros. Y luego, ¿a qué negarlo? Ese pozo inmenso que

se traga hombres y más hombres como si tal cosa, me infunde un terror inexplicable. Me voy al aire libre. Siento que mi cerebro vacila. (Va a salir.)

ESCENA II

ESTEBAN, BELISARIO, CHAVAL, CATALINA, LA LORENZA, JUANILLO. Este entra haciendo cabriolas y gestos burlescos. Es pequeño, escrofuloso, paliducho, con esa inmensa palidez de todos los mineros, producida por la anemia; ojos muy chicos y orejas muy grandes. Grupo de mineros de ambos sexos. Las mujeres, a usanza de las minas francesas, llevan todas el mismo traje que los hombres.

ESTEBAN (Al ver a Catalina, dirigiéndose a ella.) Oye, camarada, ¿no hace falta aquí ningún obrero para cualquier clase de trabajo? (Catalina, como sorprendida de la brusquedad de la pregunta, le mira asustada.)

BELISARIO (Contestando en su lugar.) No se necesita a nadie. (Esteban, abatido y sin repicar palabra, sale por la primera puerta de la izquierda.) ¿Han visto ustedes a ese pobre diablo? ¿Quién sabe de dónde viene! ¿Quién sabe a dónde va! Cuando uno piensa que pudiera verse como él... Y aun nos quejamos. Nosotros al menos tenemos trabajo.

LORENZA ¿Qué? ¿No saben ustedes? Se han encontrado a la pobre de Florencia tiesa en su cama. Dice el médico que de una aneurisma... Yo creo que de una curda de ginebra.

BELISARIO ¡Conchos! ¿Y qué hago yo ahora? He aquí mi cuadrilla descabalada.

CATALINA Oye, padre, ¿y ese hombre que buscaba trabajo?

BELISARIO Hombre, es verdad. Precisamente ahora llega el señor Richomme. (Este aparece en el umbral de la puerta de la izquierda. Le pediremos permiso. (Dirigiéndose al señor Richomme, gorra en mano.) Señor Richomme, me falta

uno de la cuadrilla. La pobre Florencia ha muerto...

RICHOM. Con reemplazarla con otra...

BELISARIO Es lo que yo digo. Acaba de llegar precisamente un hombre de fuera, buscando trabajo, y como conozco el deseo de la compañía de ir substituyendo poco a poco con hombres a las muchachas que trabajan en el arrastre, si usted me lo permite...

RICHOM. Lo que es por mí... Pero como ese proyecto de excluir a las mujeres de las faenas del arrastre, sé que os disgusta a todos... En fin, haz lo que quieras; se entiende, con tal de que no se oponga el señor Negrel...

JUANILLO Si, echadle un galgo al hombre. No debe de andar ya poco lejos.

CATALINA Yo iré a buscarle. (Sale corriendo por la primera puerta de la izquierda.)

BELISARIO Pero volando, que ya es tarde, ¡conchos! (Catalina vuelve a entrar por la primera puerta de la izquierda, seguida de Esteban.) Pero, chica, ¿has volado por los aires?

CATALINA Estaba aquí mismo, a la puerta, hablando con el fogonero.

ESTEBAN ¿Qué se ofrece?

BELISARIO Hay trabajo para usted. ¿Se siente usted con valor para bajar hasta el fondo de la mina?

ESTEBAN ¡Pues ya lo creo! (Muy alegre y estrechando efusivamente la mano de Catalina.) ¡Gracias, camarada! ¡Eres un buen chico!

CATALINA (¡Qué gracia! Me sigue tomando por hombre.)

JUANILLO (Enlazando el talle de su hermana.) Anda, Catalina, bailemos un vals.

CATALINA Quita, diablillo... Para bailar estamos.

ESTEBAN (A Catalina.) ¡Ah! ¿pero eres una muchacha?

CATALINA (Sonriendo.) ¿Hasta ahora no lo has nota-

do? Así vestimos todas las mujeres en la mina.

BELISARIO ¡Eh! basta de palique... ¡Despachad!
¡Conchos, que es tarde!... (Todos los mineros se dirigen a la lampistería a proveerse de linternas.)

JUANILLO (Dirigiéndose también a la lampistería en busca de la suya.) ¡Ea! ¡Ya salen las luciérnagas!

BELISARIO Vaya usted a buscar la suya también.
(Esteban obedece la indicación de Belisario. Los mineros van entrando en la lampistería y vuelven a salir con sus linternas correspondientes.)

JUANILLO (Yendo al centro del escenario.) Señores, la lámpara maravillosa. (A Esteban.) No se ría usted, señor forastero. Soy yo el que voy a hacerle los honores de nuestro palacio, un palacio como no ha visto usted nunca, ni soñado siquiera. ¡Qué elevación de techos! ¡Qué amplitud de las salas! ¡Qué derroche de luz! ¿Usted no siente vocación de topo?

ESTEBAN (Sonriendo.) Me parece que no. (Todos los mineros se ríen estrepitosamente.)

JUANILLO Lo siento por usted, amigo. Si al menos tuviese usted la de culebra. (Los mineros vuelven a reírse estrepitosamente.)

BELISARIO Pero, ¿te quieres callar, arrapiezo? Hoy llevamos media hora de trabajo, ¡conchos! ¡A su puesto todo el mundo! (Los mineros van a colocarse al lado de la boca de la mina. Esteban busca instintivamente el lado de Catalina.)

ESTEBAN ¿Sabes que eres muy bonita?

CATALINA (Complacida.) ¡Gracias, Esteban!

CHAVAL (Mirando al grupo de los dos con hoscío recelo.) ¡Me empieza a cargar el intruso!

JUANILLO Señor forastero, tengo el gusto de presentarle a usted a nuestro ministro de la guerra. (Los dos hombres se miran con antipatía y recelo. Nuevas y ruidosas risas de los mineros.)

CHAVAL (Complacido.) ¿Y por qué me llamas así, Juanillo?

JUANILLO Porque eres en la mina el encargado de

repartir todos los reveses de cuello vuelto. (Los mineros se ríen.)

CHAVAL (Con intención, mirando siempre a Esteban.) Pues mira, me parece que voy a ejercer muy pronto las funciones de mi ministerio.

ESTEBAN (Serenamente.) Cuando gustes. Verás que no tengo tampoco la mano muy ligera.

CHAVAL (Acercándose a Catalina.) Pero, ¿no te he dicho que no me gusta verte al lado de ningún hombre?

ESTEBAN ¿Es tu amante?

CATALINA No.

ESTEBAN ¡Pues entonces!...

CHAVAL ¿Encontráis bien, compañeros, que así de buenas a primeras se admita a nuestro lado a un desconocido?

VARIOS ¡No, no!

BELISARIO ¿Qué estáis ahí murmurando, conchos?

CHAVAL Que no es lícito que vengan extraños a comerse el pan de nuestras mujeres.

MINE. 1 Tiene razón.

MINE. 2 Dice muy bien.

CHAVAL ¡Afuera el intruso!

VARIOS ¡Afuera!

BELISARIO ¡A callarse todos! Quien manda, manda. ¡conchos! Y al que no le guste, que se vaya. Pero, ¿qué hacemos aquí? ¿Tienen valor de hacernos tiritar de esta suerte?

RICHOM. (Saliendo de la lampistería.) ¡Ojo, Belisario, que las paredes oyen! Tiene que hacerse la maniobra. Ya puedes ir embarcando con tu gente.

ESTEBAN (A Catalina, asomándose a la boca de la mina.) ¿Y es eso muy profundo?

CATALINA Unos seiscientos metros.

ESTEBAN De modo que si el cable se rompiera...

JUANILLO ¡Ah! Entonces no quedaba ni una rata.

BELISARIO ¡A embarcar! ¡Ya era hora, conchos!
(Juanillo se pone a silbar la Marsellesa.)

MUTACIÓN

CUADRO II

EN EL INFIERNO

Filón de la mina en que trabajan Belisario y su cuadrilla.

ESCENA PRIMERA

BELISARIO, ESTEBAN, CATALINA, LA LORENZA, JUANILLO y cinco o seis mineros que forman parte de la cuadrilla de Belisario, por la izquierda.

CATALINA (Que entra al lado de Esteban, que en su rostro y movimientos debe demostrar la terrible fatiga que lo domina.) ¡Valor, Esteban!

ESTEBAN No puedo más, Catalina. Sangran mis pies; terrible vértigo me nubla la vista; mis músculos doloridos se niegan al menor esfuerzo... Sostenme, Catalina; pues me parece que voy a rodar de pronto por el suelo como herido por un rayo.

CHAVAL (Saliendo de pronto por la derecha.) ¿Ya estáis ahí? Ya era tiempo. No parece sino que os burlais de la gente. Soy el que vive más lejos de la mina y, sin embargo, hace ya media hora que estoy aquí.

ESTEBAN No nos faltaba ahora más que este bruto.

CHAVAL (Reparando en el estado lastimoso de Esteban.) Pero calle, ahora me explico el motivo. ¡Ese zángano tiene la culpa! Pues mira, como nos estropees el trabajo, te echo por el ojo de una galería. (Esteban va a contestarle, da unos pasos hacia Chaval, pero vacila y hubiera rodado al suelo a no ser por Catalina que lo recoge en sus brazos.)

BELISARIO ¡Conchos! Ya empezamos.

CATALINA (De rodillas y sosteniendo en ellas la cabeza de Esteban.) Padre... padre...

JUANILLO No te apures, chiquilla. Será un ataque de asfixia.

LORENZA Es que hoy hay grisú a qué quieres boca. Cómo azulean las lámparas!

BELISARIO No. Es que el pobre diablo no ha comido en casi toda una semana.

CHAVAL Os está muy bien empleado. Queréis reemplazar a nuestras muchachas con hombres, y escogéis para ello a hombres que son más débiles que las mujeres. ¿No véis que eso es una damita?

CATALINA ¡Qué pálido está! Y ¡qué guapo es!

JUANILLO A ver, Catalinilla. Sacá tu frasco de café. (Se lo aplica a los labios pretendiendo hacerle beber.)

BELISARIO Dadle mejor aguardiente.

CHAVAL ¿Aguardiente?... ¿A eso?... Mejor sería agua de colonia.

ESCENA II

BELISARIO, ESTEBAN, CATALINA, JUANILLO, LA LORENZA, CHAVAL, Grupo de mineros, PABLO NEGREL, el CAPATAZ MAYOR y SEÑOR RICHOMME por la derecha. Ambos con sus correspondientes linternas.

PABLO (Alumbrando con su linterna el rostro de Esteban.) ¿Quién es?

RICHOM. El hombre que admitimos esta mañana.

PABLO Ya sabes que no me gustan advenedizos. ¡Que no se repita!

CHAVAL Y que es un mandria para el trabajo.

BELISARIO Hoy es el primer día. Mañana lo hará mejor.

PABLO Pero, ¿qué hacéis ahí como unos babiecas? Sacadle al aire libre o sino este hombre va a morir ahí como un pájaro. (Van a llevárselo. Esteban lanza un suspiro.)

CATALINA (Muy gozosa.) Ya vuelve en sí.

ESTEBAN (Abriendo los ojos.) ¿En dónde estoy? ¡Ah! sí... la mina... Perdí el sentido.

JUANILLO (Tendiéndole un frasco de aguardiente.) Bebed, amigo.

- ESTEBAN (Bebiendo un trago.) ¡Gracias! Ya me siento bien. (Poniéndose de pie.) Esto no ha sido nada. ¡A continuar, camaradas!
- CATALINA ¡Buen susto me diste!
- PABLO (Que ha estado examinando con el señor Richomme el andamiaje que sostiene las excavaciones hechas en la roca.) Oye, Belisario, ¿te has propuesto tú tomarle el pelo a la gente?
- BELISARIO ¿Yo? ¿Por qué me dice usted eso, señor Negrel?
- PABLO Porque el día menos pensado vais a quedaros aquí, bajo tierra.
- BELISARIO No tenga usted cuidado. Está fuerte.
- PABLO ¿Cómo fuerte? A vosotros, por lo visto, os entra por un oído y os sale por otro todo lo que se os manda. Pero, ¿no ves que la roca está ya agrietada y que no habéis puesto estacas suficientes? Sois todos iguales. Os dejaríais romper la crisma antes que abandonar el filón. (Suenan murmullos de descontento.)
- BELISARIO (Entre dientes.) ¡Conchos! Si no hay paciencia...
- PABLO Ahora mismo me vas a hacer eso. Y sin replicar.
- CHAVAL Pero...
- BELISARIO Señor Negrel...
- CHAVAL ¿Quién va a querer su pellejo más que uno mismo?
- PABLO ¡Pero voto a todos los santos de la corte celestial! Cuando os hayáis estampado los sesos, ¿quién va a pagar los vidrios rotos? La compañía será la que tenga que señalaros pensiones a vosotros y a vuestras familias.
- BELISARIO Si nos pagaran como Dios manda, afianzaríamos mejor.
- PABLO A trabajar. Y os advierto que la cuadrilla tiene tres francos de multa. (Se oyen nuevos murmullos de desaprobación. Pablo Negrel y el señor Richomme salen por la izquierda.)

ESCENA III

Dichos, menos PABLO NEGREL y el SEÑOR RICHOMME.

- CHAVAL ¿Qué hacemos Belisario?
- BELISARIO No mover ni una estaca. Si se hunde, que se hunda. Mejor, así dejaremos de penar.
- ESTEBAN ¡Ah! sí, es verdad; Catalina, me voy. Vale más reventar de hambre en la cuneta de un camino que sufrir en este infierno por un sueldo irrisorio que no sirve ni para cubrir las necesidades más penatorias de un hombre. Catalina, siento una ansia ardiente de sol y de aire libre. ¡Este ambiente me sofoca, estas tinieblas me enloquecen!
- CATALINA (Con tristeza.) ¿Te quieres ir? ¡Ah! ¿Por qué has venido?

ESCENA IV

Dichos, PABLO NEGREL y el SEÑOR RICHOMME por la izquierda.

- PABLO (Al señor Richomme.) ¿Lo ves? Me lo figuraba. Cuando te digo que se están burlando de uno... (A Belisario.) ¡Rayos y truenos! ¿No sirves aquí para nada?
- BELISARIO Es que...
- PABLO Sí, ya sé lo que vas a decirme. Que se os pague mejor, ¿no es eso? Pues te advierto que vais a obligar a la Compañía a hacer una cosa: a pagaros el afianzamiento aparte y reducir proporcionalmente el precio de la carretilla. Richomme, vigila para que se cumplan mis órdenes. (Se va por la izquierda.)
- RICHOM. (Brutalmente.) Todos los días he de sufrir una reprimenda por vosotros. Pues a fe que no serán tres francos de multa los que yo os imponga. Tened mucho ojo